

TADEUSZ
DOŁĘGA-MOSTOWICZ

LA CARRERA DE NIKODEM DYZMA



TADEUSZ DOŁĘGA-MOSTOWICZ

LA CARRERA DE NIKODEM DYZMA

TRADUCCIÓN DE HIGINIO J. PATERNA SÁNCHEZ



Título original: *Kariera Nikodema Dyzmy*

Tadeusz Dołęga-Mostowicz

Varsovia, 1932

Copyright de la traducción © 2020 por Higinio J. Paterna Sánchez

www.toposarmata.com

Corrección: María Paterna Sánchez

Portada y maquetación: Maciej Marchewicz

ISBN: 978-83-958617-0-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Nota del traductor

Final de los años 20 del siglo pasado. Nikodem Dyzma, un exfuncionario de correos de provincias en el paro y sin grandes aspiraciones busca mejor suerte en Varsovia. Allí se encuentra inesperadamente con la oportunidad de su vida...

Aunque, en realidad, ¿nos lleva solo hasta ese lugar y época esta novela? Progreso tecnológico aparte, esta mordaz sátira de Tadeusz Dołęga-Mostowicz contra la alta sociedad polaca del periodo de entreguerras, que ha sido llevada en varias ocasiones al cine y a la televisión, parece ahora más actual que nunca.

Dyzma aún hoy día sigue siendo considerado en Polonia la viva imagen del oportunista carente tanto de talento y de cultura como de escrúpulos. En realidad, se trata de un personaje universal: es el símbolo de toda medianía que asciende hasta alturas insospechadas gracias a un cúmulo de casualidades, que sabe aprovechar, y a la ineptitud de las élites que lo encumbran.

Solo el desquiciado conde Ponimirski se atreve a gritar lo que todos los demás pueden, pero no quieren ver —que el rey está desnudo: “¡Sapristi! ¿Es que no lo veis? Perdón, ino os tiene embaucados! ¡Sois vosotros lo que habéis puesto a ese zopenco sobre el pedestal! ¡Vosotros! ¡Gente desprovista de todo criterio juicioso! ¡De vosotros me río, imbéciles! ¡De vosotros! ¡Chusma...!”

Cracovia, 8 de junio de 2020

Capítulo 1

El dueño del restaurante hizo un gesto al pianista y el tango quedó en suspenso a medio compás. La pareja de bailarines se detuvo en el centro de la pista.

—¿Y qué, señor director? —preguntó la delgada rubia mientras se desprendía de los brazos de su compañero de baile y se acercaba a una mesilla tras la cual estaba medio sentado un hombre obeso de cara sudorosa.

El dueño se encogió de hombros.

—¿No vale? —dijo la rubia como a quien no le iba la cosa.

—Pues claro que no. No tiene soltura, elegancia. Si por lo menos fuera guapo...

Se acercó el bailarín.

La rubia se fijó atentamente en su traje raído, su cabello poco frondoso color castaño, algo rizado y con una raya a mitad de la cabeza, su boca estrecha y su fuertemente desarrollada mandíbula inferior.

—Y usted, ¿ha bailado antes en algún sitio?

—No. Bueno, sí, pero en privado. Incluso me decían que lo hacía bastante bien...

—Pero ¿dónde? —preguntó indiferente el dueño del restaurante.

El candidato echó una mirada triste a la sala vacía.

—En mi pueblo, en Łysków.

El gordo se echó a reír.

—Varsovia, estimado caballero, no es Łysków. Aquí hace falta distinción, gracia, garbo. Con franqueza se lo digo: no vale usted para esto. Búsquese mejor otro trabajo.

Dio media vuelta y se dirigió al mostrador. La rubia se fue corriendo al ropero. El pianista cerró su atril.

El aspirante a bailarín se echó perezosamente el abrigo sobre los hombros, se puso el sombrero y se encaminó a la puerta. Al cruzarse con un camarero que llevaba una bandeja de sándwiches, un fuerte y apetitoso olor atizó sus narices.

Un sol ardiente inundaba la calle. Se acercaba el mediodía. No había mucha gente. Se dirigió lentamente hacia el parque Łazienki. En la esquina de la calle Piękna se detuvo, metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó una moneda de níquel.

“La última” —pensó.

Se acercó al quiosco.

—Dos paquetes de grandprix.

Contó el restó y se detuvo confuso en la parada del tranvía. Un viejecito apoyado en una vara lo miró con ojos nebulosos. Una elegante señora que llevaba una docena de paquetes trataba de divisar el tranvía a lo lejos una y otra vez.

A su lado, un chico con un libro bajo el brazo daba vueltas impaciente. En realidad no era un libro, sino una carpeta revestida con una tela gris; cuando el chico se puso de perfil, pudo ver un fajo de cartas y el margen de varias decenas de hojas en las que los destinatarios acusan el recibo de la correspondencia.

Se fijó en el muchacho y se acordó de que él mismo solía llevar una carpeta parecida cuando trabajaba de recadero del notario Winder antes de que empezara la guerra, antes de convertirse en funcionario en la oficina de correos de Łysków. Solo que el notario siempre usaba sobres azules y estos eran blancos.

Llegó el número nueve y el chico se montó de un salto en la plataforma trasera antes de que el tranvía frenara, pero al hacerlo la carpeta dio con la barandilla y las cartas se esparcieron por el suelo.

“Tiene suerte el chaval de que no llueva” —pensó el malogrado bailarín mientras miraba cómo el chico recogía las cartas. El tranvía se puso en marcha y una de ellas se deslizó por el peldaño y cayó a la calzada. El aspirante a bailarín cogió el sobre y empezó a agitar los brazos tras el tranvía, pero el chico estaba tan ocupado recogiendo las demás cartas que no se dio cuenta.

Se trataba de un elegante sobre de papel manufacturado con la dirección escrita a mano:

*S.E. Artur Rakowiecki —Presidente de la compañía—Varsovia. Av. Ujazdowskie
7.*

Dentro (el sobre no estaba cerrado) había una tarjeta igualmente elegante, doblada por la mitad. De un lado había algo escrito en francés, del otro seguramente lo mismo en polaco:

Con motivo de la visita de S.E. el Canciller de la República de Austria, el Presidente del Consejo de Ministros tiene el honor de invitar a S.E. a tomar parte en la recepción que tendrá lugar el 15 de julio del año en curso a las 8 de la tarde en los salones de la planta baja del Hotel Europejski.

Más abajo, con letra pequeña, podía leerse:

Traje de gala — condecoraciones.

Releyó la dirección: *Av. Ujazdowskie 7.*

“¿Y si se la llevo? A lo mejor me dan un zloty o dos... Por probar no pasa nada. Además, el número 7 está a un tiro de piedra de aquí” — reflexionó.

En el listado de inquilinos, el apellido Rakowiecki figuraba en la vivienda número 3, primer piso. Subió por las escaleras y llamó una vez, y luego otra más. Se acercó por fin el guarda y le informó de que el señor presidente estaba de viaje en el extranjero.

— Mala suerte.

Se encogió de hombros y, con la carta en la mano, se encaminó a casa. Tardó una media hora en llegar a la calle Łucka. Subió al cuarto piso por la chirriante escalera de madera y giró el picaporte.

Le estalló en la cara el aire sofocante de la estrecha vivienda, era un molesto aroma a cebolla chamuscada mezclado con el de grasa quemada y pañales tendidos. Desde una esquina resonó una voz de mujer:

—Pero ciérreme la puerta, que hay corriente y me va a resfriar al niño.

Gruñó por lo bajo, se quitó el sombrero, colgó el abrigo en un clavo y se sentó junto a la ventana.

—¿Y qué? —dijo la mujer—. ¿Tampoco encontró nada esta vez?

—Tampoco...

—Ay, señor Dyzma, ya le decía yo que aquí iba usted a dar vueltas en vano. En el campo, en las provincias, ahí es más fácil ganarse el pan. Ya se sabe: son campesinos.

No respondió nada. Llevaba ya tres meses sin trabajo desde que cerraron el bar “El elefante” de la calle Pańska, donde se sacaba sus cinco złotych al día más la cena tocando la mandolina. Ciertamente es que después el instituto de empleo le había dado un trabajo en la construcción de un nudo ferroviario, pero Dyzma no se entendía ni con el ingeniero, ni con el capataz, ni con los obreros y a las dos semanas lo echaron. Y en Łysków...

Los pensamientos de la mujer debían de ir por el mismo camino, puesto que le preguntó:

—Señor Dyzma, ¿y no sería mejor para *usted* volver a su tierra, con la familia? Seguro que le encuentran algún trabajo.

—Ya le he dicho, señora Walentowa, que no tengo familia ninguna.

—¿Todos muertos?

—Todos.

Walentowa terminó de pelar las patatas y, poniendo el caldero en el fuego, empezó:

—Es que aquí, en Varsovia, *son otras gentes*, y además no hay empleo. Aquí el pariente sólo curra tres veces por semana, casi no nos da ni para el puchero, y su director, el Purmanter ese o como se llame, pues dice que a lo mejor cierran la fábrica del todo, porque no hay *espotaciones*. Y si no fuera por Marianka no habría con qué pagar el alquiler. Se mata a trabajar la niña, y nada. Como no agarre dos clientes por semana...

—Que tenga cuidado —le interrumpió Dyzma—, que como a ella la agarren sin libretilla de salud... ¡Bueno!

Walentowa le puso al niño un pañal limpio y tendió el húmedo sobre el suelo.

—¡No me sea pájaro de mal agüero! —le soltó con voz malhumorada—. Cuídese mejor *usted*. Que ya van tres semanas que no me paga y no hace más que ocupar sitio. Menudo *enquilino*.

—Le pagaré —masculló Dyzma.

—Me pagará, o a lo mejor no. Que quince złotych es casi medio gratis, pero no llueven del cielo. Y a usted, cualquier curro que empieza lo echan en un santiamén...

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Anda que también, menudo misterio. Si *usté* mismo se lo dijo a Marianka.

Se hizo un silencio.

Dyzma se dio la vuelta hacia la ventana y se quedó mirando las ruinosas paredes del patio. Efectivamente, la mala suerte le perseguía. No había lugar del que no saliera echando pestes nada más llegar. De la escuela lo echaron en cuarto por terco y poco aplicado. El notario Winder fue el que más tiempo lo aguantó. Quizá porque el pequeño Nikodem Dyzma sabía de alemán lo suficiente para entender a dónde lo mandaban. Luego la Oficina de Correos y Telégrafos, un sueldo mísero y un sinfín de reproches. La guerra, tres años de servicio de campaña en el batallón de telegrafistas y un solo ascenso a soldado de preferencia. De nuevo, correos en Łysków, hasta que vinieron los despidos. Gracias al párroco lo emplearon en la biblioteca, pero apenas pasó del invierno porque ya en abril resultó que no era capaz de mantener en el orden debido los libros en los estantes.

Eso era lo más interesante, por otro lado...

Las cavilaciones de Dyzma se vieron interrumpidas por el bramido de las sirenas de las fábricas cercanas. Walentowa se puso a trajinar alrededor de la mesa, a vista de lo cual Dyzma se levantó perezosamente y salió de la casa.

Deambulaba por las soleadas calles a pesar de que le dolían las piernas. Pero quedarse en el piso escuchando los comentarios sarcásticos del señor Walenty Barcik y las burlas de Marianka y, sobre todo, ver cómo comían, eso le superaba. Ya era el segundo día que no se llevaba nada a la boca, aparte de cigarrillos, para los que reservaba sus últimos céntimos.

Cuando pasaba al lado de alguna charcutería y le llegaba el seductor olor a salchichas, contenía la respiración. Trataba de volver la vista de las vidrieras de las tiendas de comestibles, pero el hambre no le daba tregua.

Nikodem Dyzma se daba cuenta perfectamente de que no había para él ningún panorama halagüeño.

¿Sentía algún tipo de pavor por ello? Para nada. La psique de Nikodem Dyzma, por suerte para él, estaba desprovista de toda imaginación. El alcance de sus previsiones y planes no traspasaba el límite de los próximos días y, así como la semana anterior había

podido vegetar gracias a la venta de su reloj, podría sobrevivir la siguiente convirtiendo en efectivo el frac y los zapatos de charol.

A decir verdad, la adquisición del traje le había supuesto muchas privaciones y limitaciones y, también a decir verdad, había visto en ese traje la esperanza de conseguirse fácilmente el pan como bailarín y de mejorar radicalmente su lamentable situación. Pero ahora que se hallaba convencido, tras numerosos intentos, de que nadie lo iba a contratar en esa profesión, decidió sin mucho pesar desprenderse de su maravillosa indumentaria.

Se acercaban las seis cuando tomó la decisión definitiva y volvió a casa.

En el piso estaba solo Marianka, una frágil morena de movimientos inquietos. Parecía que tenía trabajo de noche, porque estaba pintándose junto a la ventana. Como justamente estaba sentada encima de su maleta, Dyzma decidió acomodarse en una esquina para no molestarla y esperar.

La chica fue la primera en decir algo:

—Dese la vuelta, que voy a cambiarme.

—No estoy mirando —respondió.

—Eso está bien, que del ansia se le pican a uno los dientes.

Dyzma soltó un taco. La chica soltó una risa y se quitó el vestido. Nikodem, efectivamente, no le prestaba atención, dejando aparte que la muchacha lo irritaba infinitamente. Con qué satisfacción le cerraría la boca con el puño y la echaría de la habitación. Se burlaba de él por sistema, con saña, con una pasión incomprensible para él. No le hería en su ambición masculina porque la vida no le había dado oportunidad de que esta se desarrollara. Ni siquiera afectaba a su dignidad humana porque nunca la había tenido en un grado especialmente elevado, no veía en este caso ninguna diferencia social entre él mismo, “trabajador de cuello blanco” en el paro, y esa chica. Sencillamente, estaba harto de ese continuo pitorreo.

Entre tanto, Marianka se vistió, se echó un mantón sobre los hombros y, poniéndose delante de Dyzma, sonrió mostrando sus grandes y blancos dientes.

—Está buena la moza, ¿no?

—Vete al infierno —le espetó con furia.

Ella lo tomó por la barbilla con dos dedos, pero se echó atrás rápidamente porque Dyzma, con un movimiento brusco, le dio un puñetazo en la mano.

—¡Oh, malaje! —susurró—. ¡Haragán, cochambroso! ¡¿Quieres pegarme?! Mirarlo, el *despravado* este...

Siguió así largo tiempo, pero Dyzma no la escuchaba. Empezó a abrir la maleta mientras calculaba mentalmente que por el frac podrían darle unos cincuenta zlotys. En el mercadillo de Kercelak había pagado setenta. Con los zapatos de charol también saldría perdiendo unos ocho zlotys, o a lo peor diez.

El niño se puso a dar berridos como un descosido: al momento Walentowa volvió corriendo de casa de la vecina. Solo entonces acabó Marianka su diatriba y salió dando un portazo.

Nikodem Dyzma abrió la maleta y sacó el frac.

—¡Ajá! —dijo Walentowa sonriendo—. Seguramente de que va *usté* a un baile o a una boda.

No respondió. Dobló con cuidado los pantalones, el chaleco y el frac, envolvió el paquete con un periódico y pidió una cuerda. Volvió Walenty, la mujer se puso a calentar las patatas para la cena y la estancia volvió a llenarse del olor a manteca ardiendo.

—Señor Dyzma —preguntó Walenty—, ¿va *usté* al Kercelak?

—Al Kercelak voy.

—Hoy es sábado, no hay judíos, y los nuestros no suelen comprar esas cosas. Y ya, si eso, por una miseria.

La manteca crepitaba en la sartén. Nikodem tragó saliva.

—Pues que sea por una miseria.

De repente se acordó de que no había comprobado los bolsillos del frac. Desenvolvió rápidamente el paquete. Efectivamente, en los pantalones había una cigarrera de vidrio y en el frac un pañuelo. Cogió ambos objetos y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Al mismo tiempo, notó ahí algo extraño. Como de cartón... Ajá, la carta que había encontrado. La invitación.

Volvió a sacarla del sobre y la leyó. De golpe, se percató de la letra pequeña de la parte de abajo *Traje de gala —condecoraciones.*

Echó una ojeada a su frac. Recepción... Comida, mucha comida, gratis...

“Estoy loco” —pensó, pero volvió a leer atentamente la invitación: *15 de julio del año en curso a las 8 de la tarde.*

No podía quitarse la idea de la cabeza.

—Señor Walenty, ¿hoy es quince? —preguntó.

—Pues quince es.

—¿Y qué hora tendremos?

—Pues tendremos las diez de aquí a un rato, pero las de ahora son las siete.

Dyzma se quedó inmóvil un momento.

“¿Qué me pueden hacer? —pensó—. Como mucho me echan fuera. Además, seguro que habrá tanta gente...”

Sacó los útiles de afeitar y comenzó a cambiarse de ropa.

Cuando trabajaba en la biblioteca municipal, durante las largas horas matutinas en las que apenas había trabajo solía leer por puro aburrimiento. Alguna que otra vez se había topado con descripciones de bailes y recepciones organizadas por condes y ministros. Sabía —si lo que decían los libros era cierto— que en esas grandes fiestas normalmente hay mucha gente que no se conoce entre sí, por lo que su plan, que parecía arriesgado, podía salir bien. Sobre todo, si no se distinguía demasiado de los demás invitados.

Los Barcik estaban sentados a la mesa, comiendo patatas y bebiendo té.

“Comida, mucha comida —pensó Dyzma— carne, pan, pescado...”

Se lavó sobre el fregadero, re peinó su áspero cabello y estiró su camisa almidonada.

—¿No decía yo que se iba de boda? —dijo Walentowa.

Su marido echó una mirada al inquilino y murmuró:

—¿Y qué más nos da eso?

Dyzma abrochó el botón del cuello con dificultad, se anudó la corbata y se puso el frac.

—Comida, mucha comida —susurró.

—¿Qué dice usted?

—Nada, que ya me iba.

Bajó lentamente por las escaleras, abrochándose la gabardina.

Volvió a leer la invitación bajo la farola más cercana y comprobó que no tenía destinatario. Se la guardó en el bolsillo y tiró el sobre a la alcantarilla.

No dominaba aún la ciudad y dudó por un momento. Finalmente decidió ir por un camino que conocía. Dobló en la calle Żelazna y en la esquina de Chłodna giró en dirección a la iglesia, desde allí ya veía la calle Elektoralna y la plaza Bankowy.

Las calles rebosaban de vida nocturna en los barrios obreros. De las tascas salían roncós sonidos de acordeón, por las sucias aceras iban de aquí para allá grupos de adolescentes y jóvenes currantes con las chaquetas desabrochadas y sin cuellos. Las chicas, en grupos de tres o cuatro, de la mano, iban entre risas y cuchicheos. Bajo los portales, de pie o sentadas en taburetes sacados de las viviendas, había señoras mayores con niños en los brazos.

“Salimos del curro” —pensó Dyzma.

Elektoralna también estaba abarrotada: los judíos no solo iban por las aceras festejando, también ocupaban la calzada. Cuando llegó a la plaza del Teatro, el reloj de la torre del ayuntamiento marcaba ya las ocho y cinco. Aceleró el paso y en un momento ya estaba delante del hotel.

Veía cómo continuamente llegaban coches resplandecientes, cómo salían de ellos elegantes caballeros y señoras ataviadas con pieles a pesar del calor.

Se sintió amedrentado. ¿Será capaz de comportarse entre ellos...? Pero el hambre pudo más. Comer, ¡comer a toda costa! Luego ya que lo echen. No se le caerán los anillos. Apretó los dientes y entró.

Ni se había dado cuenta y los sirvientes ya habían tomado su abrigo y el sombrero, y un señor muy solícito lo acompañó hasta la puerta de la sala e incluso se la abrió con gesto servil.

Ante los ojos de Nikodem Dyzma todo comenzó a dar vueltas: el gran salón blanco, las manchas negras de los fracs y los coloridos vestidos de las damas. Se sintió casi mareado por la combinación de los perfumes con el bullicio de las voces.

Seguía en pie junto a la puerta cuando, de repente, vio ante sí a un caballero que se inclinaba amablemente y le tendía la mano. Le dio la suya automáticamente.

—Permítame —dijo aquel— que me presente. Antoniewski, secretario personal del primer ministro. Permita que le agradezca su presencia. Por favor, tenga el gusto, aquí tiene el aperitivo.

Dejó de hablar y se aproximó a dos delgados señores que acababan de entrar.

Nikodem Dyzma se quitó el sudor de la frente.

“¡Gracias a Dios! Ahora, valor...”

Se dominó rápidamente y empezó a ubicarse. Se dio cuenta de que alrededor de varias mesas había damas y caballeros comiendo, de pie con un plato en la mano o sentados junto a unas mesillas. Decidió controlar el hambre lo suficiente para observar cómo se comportaban los demás. Se fijó en una mesa llena de fuentes con alimentos que no había visto en la vida. Con qué gusto agarraría alguna de esas fuentes y se comería su contenido en una esquina. Pero se contuvo, siguió mirando.

Finalmente se decidió y comenzó a buscar un plato. Cuando encontró también un tenedor, se puso mucha ensalada y una porción de paté. Tenía la boca llena de saliva. No podía apartar los ojos del plato. De repente, cuando se estaba dando la vuelta para tratar de localizar un lugar más recogido, sintió un golpe bastante fuerte en el codo. El plato se le fue de la mano y dio al suelo.

La cólera se apoderó de Dyzma. Delante de sus narices un gordo se estaba abriendo paso a empujones y ni siquiera se había dado la vuelta para disculparse por su torpeza. Si Dyzma hubiera logrado contener su furia, seguramente su primer impulso habría sido más suave. Pero ahora solo sabía una cosa: el gordo le había privado de su comida.

En dos pasos alcanzó al culpable y lo agarró por el codo con todas sus fuerzas.

—¡Tenga cuidado, cojones, me ha tirado el plato! —le soltó en la cara

Los ojos del agredido expresaban un extremado asombro, casi horror. Miró al suelo y empezó a disculparse, notablemente consternado.

Alrededor se hizo el silencio. Se acercó un camarero a limpiar y otro le dio a Dyzma otro plato.

Cuando empezó a ponerse una porción de la misma ensalada, aún no era consciente de la locura que acababa de cometer. Se calmó cuando se halló en un lugar más apartado. Instantáneamente comprendió que podían echarlo a la calle de un momento a otro. Se puso a comer con ansia, para engullir lo más posible.

Mientras tanto, la sala seguía llenándose y Dyzma advirtió con alivio que nadie le prestaba atención. Eso le dio ánimos y volvió a llenar su plato. Mientras comía, vio a su lado una fuente con copas llenas. Se bebió dos, una detrás de otra. Se sintió más seguro de sí. Cuando cogió una tercera, advirtió que la copa de al lado, elevada por la mano de alguien, golpeaba levemente la suya. Al mismo tiempo, una voz llegó a sus oídos:

—Permítame beber con usted.

A su lado se encontraba un hombre moreno y alto vestido de coronel que le sonreía con una cierta ambigüedad.

Alzaron las copas y bebieron de ellas. El coronel le tendió la mano.

—Me llamo Waclaw Wareda.

—Me llamo Nikodem Dyzma —respondió como un eco mientras le apretaba la mano.

—Reciba mi enhorabuena —dijo el coronel inclinándose hacia Dyzma—. Pusiste a ese Terkowski en su sitio. Pude verlo.

Dyzma se sonrojó.

“Ajá —pensó—, este ahora viene a echarme. Pero vaya forma tan educada de empezar...”

—Ja, ja... —rio en voz baja el coronel Wareda— todavía se le sube la sangre a la cabeza al mencionarle a ese mentecato. Enhorabuena, señor... Dyzma. Hacía tiempo que Terkowski no recibía una lección así. ¡A su salud!

Bebieron y lo único que Dyzma alcanzó a entender era que aquel gordo Terkowski y el coronel debían de andar a la gresca.

—Una tontería —dijo—, una pena solo... por... la ensalada y el plato.

Wareda soltó una carcajada.

—¡Qué chiste tan delicioso! Qué mala sangre tiene usted, señor Dyzma, ¡a su salud!

—Sabe usted —añadió pasado un momento, dejando la copa— que es un chiste de primera: lo de Terkowski una tontería, ¡pero qué pena por la ensalada!

Se alegraba enormemente, y aunque Dyzma no acertaba a adivinar qué querría decir el coronel, se rio también, con la boca llena de canapés.

El coronel le ofreció un cigarrillo y se acercaron a la ventana. Apenas lo habían encendido cuando se les aproximó un tipo corpulento de pelo rubio canoso, vivaz y de ojos vidriosos.

—¡Wacek! —exclamó—. Dame un cigarrillo. Me he olvidado los míos.

El coronel volvió a sacar su pitillera de plata.

—Aquí tienes. Permíteme que te presente: el señor Dyzma, el señor ministro Jaszuński.

Dyzma empequeñeció. Nunca en la vida había visto a un ministro. Cuando en la oficina de correos en Łysków se hablaba de un ministro, había en esa palabra algo tan irreal, abstracto, algo tan infinitamente lejano e inalcanzable... Estrechó piadosamente la mano que se le tendía.

—Imagínate —empezó el coronel— que el señor Dyzma acaba de tener un incidente con ese patán de Terkowski.

—¡Ah! ¿Era usted? ¿Qué me cuentas? —el ministro parecía animarse—. Lo he oído, sí. ¡Vaya, vaya!

—Más aún, fíjate —continuó el coronel— que cuando le felicito, el señor Dyzma me responde: “lo de Terkowski, una tontería, ¡pero qué pena por la ensalada!”

Ambos se echaron a reír, y Dyzma les siguió sin mucha convicción. De repente, el ministro se calmó y dijo sugestivamente:

—El sino de los egos hinchados. Va el cafre abriéndose paso con los codos, con todo descaro, hasta que alguien le suelta un “cojones” en toda la cara, y resulta que vale menos...

—Que una ensalada —concluyó el coronel Wareda.

Se echaron a reír de nuevo y el ministro, tomando a Dyzma bajo el brazo, declaró alegremente:

—En cualquier caso, señor Dyzma, mis más sinceras felicitaciones. Sinceramente. Si hubiera nuestro país más gente como usted, estimado amigo, gente que no se deja intimidar, otro gallo cantaría. Hace falta gente fuerte.

Se acercaron unos cuantos hombres más. La conversación se tornó más genérica.

Nikodem Dyzma se sosegó. El estómago lleno y el coñac calmaron sus tensos nervios. Al principio pensó que lo tomaban por otra persona con el mismo apellido (¿podía ser que tuviera en Varsovia algún familiar?); pero luego captó que sencillamente lo tomaban por uno de los suyos, y eso era con certeza por haber abochornado a ese tal Terkowski. ¿Quién sería? Con certeza, se trataba también de un personaje importante.

Dándole vueltas a la situación, concluyó que lo más seguro era salir rápidamente. Empezó a inquietarse, sobre todo a causa de un señor mayor que se encontraba no muy lejos y que claramente lo estaba siguiendo con la mirada. Incluso estaba haciendo delicadamente maniobras para verle la cara a Dyzma.

“¿Qué diablos querrá de mí este viejo?”

La respuesta llegó al momento. El señor mayor detuvo a un camarero que pasaba y le dijo unas palabras, señalando a Dyzma con un movimiento de cabeza. El camarero hizo una reverencia, se acercó a Dyzma y le comunicó:

—Ese señor querría verse con usted un segundo.

No había solución. La huida era ya imposible. Nikodem dio tres pasos y echó una mirada triste al caballero de pelo grisáceo. Este, por su parte, le mandó una amplia sonrisa y balbuceó con tono complaciente:

—Mis más sinceras disculpas, distinguidísimo señor, pero, si no me equivoco, tuve el honor de conocerlo el año pasado en la asamblea anual de empresarios industriales en Cracovia. ¿No se acuerda? ¿En abril? ¿Leon Kunicki...?

Hablaba rápido y ceceaba un poco. Tendió insistentemente hacia Dyzma su pequeña y nerviosa mano.

—Leon Kunicki.

—Nikodem Dyzma. Pero se equivoca usted, nunca he estado en Cracovia. Debía ser alguien parecido a mí.

El anciano comenzó a dar excusas y justificaciones, pero las palabras salían tan rápidamente de sus labios que Dyzma apenas podía comprender su sentido.

Sí, claro, por supuesto, estos viejos ojos ya no ven como antes, una distracción, no lo tenga en cuenta, pero aun así se alegra mucho, no conoce aquí a casi nadie, una pena, no hay con quién intercambiar unas frases, y resulta que tenía un negocio muy especial, por eso le había pedido a un amiguete que le consiguiera una invitación, pero qué difícil es moverse con tino cuando uno está viejo...

—Ya incluso —continuó en ese tono— me estaba alegrando de haberle encontrado, y más viendo que está usted en tan buena comitiva con nuestro honorable ministro de agricultura. Y entonces pensé, bueno, un conocido, a lo mejor me hace el favor y me presenta con cierta benevolencia al señor ministro Jaszúński. Pero le ruego que me disculpe, mis excusas.

—No hay de qué.

—No, no, he interrumpido su agradable conversación con el mismísimo señor ministro, pero, ve usted, soy de provincias, en nuestras tierras todo es, respetabilísimo señor, muy cordial...más campechano...

“Vaya cotorra” —pensó Dyzma.

—Así que le pido mis disculpas —dijo el anciano ceceando— pero, por otro lado, quizá podría hacerle usted un favor a este viejo, ¡qué le cuesta a usted!

—¿Qué favor? —dijo Dyzma extrañado.

—¡Ah! No quiero importunarle, pero si el honorabilísimo señor quisiera, aunque fuera solo presentarme al señor ministro, inmediatamente me empezaría a tratar de otra manera, ve usted, como si fuera una recomendación amistosa.

—¿Una recomendación amistosa? —exclamó Dyzma, realmente extrañado.

—Jejeje, no lo niegue usted. Escuché su conversación. Estoy viejo y no veo bien, pero tengo buen oído. Ya le aseguro yo que, si me presenta usted, si, por ejemplo, le dice usted al señor ministro: “Estimado señor ministro, ¡permítame que le presente a mi viejo y buen amigo, Leon Kunicki!” ¡Oh! Eso es ya otra cosa...

—¡Pero, caballero! —protestó Dyzma.

—No quiero importunarle, para nada, jejeje, pero le estaría mil veces, mil veces agradecido, ¿qué le cuesta a usted?

Entonces se abrieron las puertas de la sala contigua. Se hizo algo de desorden, un pequeño tropel se amontonó junto a la puerta. El ministro Jaszuński, pasando con otros dos señores junto a Dyzma y Kunicki, sonrió a aquel y dijo a sus acompañantes:

—He aquí el héroe de la noche.

Kunicki prácticamente le dio un empujón a Dyzma y este se inclinó ante el ministro. No viendo otra salida, Dyzma espetó:

—Permítame, señor ministro, presentarle al señor Kunicki. Un viejo conocido mío.

El rostro del ministro expresaba extrañeza. Sin embargo, no tuvo tiempo ni siquiera de responder porque Kunicki, sacudiendo su mano, comenzó su retahíla, diciéndole lo feliz que estaba de conocer a tan gran estadista al que la patria, y especialmente la agricultura, y más aún la silvicultura, tienen tanto que agradecer y que no olvidará este momento hasta la tumba porque él mismo, como agricultor e industrial de la madera, sabe valorar los grandes méritos en este campo, que no todos, por desgracia, los subalternos del señor ministro son capaces de comprender las grandes ideas de su jefe, pero que eso siempre tiene arreglo, que él, Kunicki, ha contraído una impagable deuda de gratitud para con el querido y bondadoso señor Dyzma que ha tenido a bien presentarle.

El ceceante torrente fluía tan raudo que el ministro, cada vez más asombrado, solo fue capaz de decir:

—Mucho gusto.

Pero cuando el porfiado anciano empezó a hablar de unos bosques estatales cerca de Grodno y de unos aserraderos que... —el ministro le interrumpió secamente:

—Permítame usted no ocuparme de estos asuntos durante la recepción. Si no, no tendría tarea que hacer durante mis horas de trabajo en el ministerio.

Dio la mano a Dyzma y a Kunicki, inclinó la cabeza y siguió adelante.

—Un hueso duro de roer este ministro suyo —dijo Kunicki—. Vaya, no lo sospechaba. ¿Siempre es así?

—Siempre —replicó por si acaso Dyzma.

La recepción había concluido. Sin embargo, muchos de los asistentes pasaron a cenar a la sala de al lado, donde se encontraba el restaurante.

El viejo se pegó a Dyzma como una lapa. Se sentó con él a la mesa y no paraba de hablar. A Dyzma la cabeza comenzó a darle vueltas.

A decir verdad, los principales culpables de esta situación eran el coñac y varias copas de vino, pero Dyzma empezaba a sentir cansancio y sueño. Cada dos por tres había que beber y comer, lo cual —teniendo en cuenta la impensable cantidad de comida ingerida —era incluso agotador. Dyzma se acordaba con ternura de su estrecha cama plegable que abriría junto a la ventana nada más regresar al piso de la calle Łucka. Mañana era domingo, a lo mejor le dejan dormir hasta las diez.

Entretanto, Kunicki lo agarró del brazo.

—Estimado señor, no se niegue, no son más que las once, íbeba usted conmigo una copa de buen vino de Hungría! Me hospedo aquí, en el Europejski, justo en el primer piso. Tengo para usted un asunto muy importante. Venga, querido señor Dyzma, ino me lo rechace! Nos sentamos, hombre, con calma, tranquilos, cómodos, con un buen vinito... ¿Vale? Media horita, un cuartito de hora.

Al mismo tiempo casi iba tirando de Dyzma. Salieron al vestíbulo y un momento después se encontraban ya en una amplia habitación. Kunicki llamó por teléfono al servicio y ordenó que trajeran un vino húngaro.

En esos momentos, abajo, la puerta giratoria de cristal expulsaba del interior del edificio a un sinfín de señores con sombrero de copa y de damas engalanadas. El botones, al borde de la acera, no dejaba de anunciar los coches que se iban acercando.

—¡El auto del señor ministro Jaszuński!

Llegó una brillante limusina y el ministro, despidiéndose del coronel Wareda, le preguntó:

—Oye, Wacek, dime, ¿cómo se llama ese amigo tuyo que le ha dado el repaso a Terkowski?

—Un tío con agallas —declaró con tono firme el coronel, que tenía ligeros problemas para mantenerse en pie—. Se llama Dyzma, le ha dado un escarmiento espléndido...

—Debe ser un terrateniente o un empresario industrial, porque es amigo de ese famoso Kunicki, que tuvo un juicio por el suministro de traviesas ferroviarias.

—Lo que te digo, un tío con agallas. Así, sin rodeos ni leches.

—Sí, tiene que ser un carácter fuerte. Creo en la frenología. El cráneo hacia adelante y la mandíbula desarrollada. Creo en la frenología. Pues eso, ¡hasta luego!

El motor rugió, las puertas se cerraron de un golpe. El coronel seguía en la acera.

—¿Está mamado o qué diablos? —dijo para sí—. ¿Qué tiene que ver el carácter con la cronología...?

Capítulo 2

Sobre la mesa había una lámpara con una pantalla verde y baja que iluminaba solo un pequeño círculo del mantel de felpa, una caja de puros, una botella enmohecida y dos copas de líquido de color ámbar. La habitación estaba a oscuras y las formas de los objetos se diluían.

Dyzma estaba hundido en un blando sillón con los ojos cerrados. Tenía una enorme sensación de pesadez y tanto sueño que seguramente se quedaría dormido escuchando esa voz monótona en la que, como las diminutas cuentas de un collar, se enhebraban rápidamente palabras insonoras y ceceantes, si no fuera porque de vez en cuando, del otro lado de la mesa, de la oscuridad, surgía la figura menuda de Kunicki y brillaban el blanco del pecho de su camisa y sus plateadas canas.

Sus pequeños, atentos e insistentes ojos parecían clavarse en las tinieblas, tratando de dar con la mirada de Dyzma.

—Así que ya ve usted lo difícil que es todo con esta burocracia de los menudos funcionarios de provincias. No ponen más que pegas y dificultades. Se escudan tras las leyes y los reglamentos solo para arruinarme, para quitarle el pan a los obreros que contrato. Señor Dyzma, vive Dios que deposito en usted mi última esperanza, mi única esperanza.

—¿En mí? —respondió Dyzma extrañado.

—En usted —repitió con convicción Kunicki—. Ya ve usted, es la cuarta vez que vengo por esta cuestión a Varsovia y me he dicho: si ahora no logro que echen a mi opresor, a ese zoquete de Olszewski, si ahora no consigo en el Ministerio de Agricultura unas condiciones humanas para la madera de los bosques estatales, ¡se acabó! ¡Lo líquido todo! Vendo a los judíos los aserraderos, la fábrica de muebles, la papelera, la fábrica de celulosa, lo vendo por dos duros y luego, yo qué sé, me pego un tiro en la sien o algo.

—A su salud, señor Dyzma —añadió tras una pausa y se bebió su copa de un trago.

—Pero ¿cómo puedo yo ayudarle?

—Jejeje —rio Kunicki—, debe estar usted bromeando. Solo una pizca de buena voluntad, solo una pizca... No, caballero, yo me doy cuenta perfectamente de que esto le roba su precioso tiempo y, esto..., y claro, también están los costes, pero con sus relaciones, iju, ju, ju...!

Acercó su silla y cambió repentinamente el tono de su voz:

—Estimado señor. Se lo diré sin rodeos. Si me viniera un hechicero y me dijera: “¡Kunicki! Voy a tratar de arreglar las cosas para que despidan a ese golfo de Olszewski y poner en la Dirección de los Bosques del Estado a alguien con quien se pueda hablar, y voy a tratar de conseguirte un buen contingente de madera, ¿qué me das por eso?” Pues entonces yo le respondería sin vacilar: “Señor hechicero, ¡treinta, bueno, que sean treinta y cinco mil en metálico! ¡Por la gloria de mi madre! Diez mil en mano para gastos y el resto después de la gestión”.

Kunicki dejó de hablar en espera de una respuesta. Pero Dyzma callaba. Comprendió inmediatamente que el viejecito le proponía un soborno por algo que, para él, Dyzma, aunque hiciera el pino con las orejas, era imposible conseguir. Era una suma descomunal, una suma tal que superaba cualquier cosa que él conociera en la realidad, e incluso en sus sueños, y que por eso mismo resaltaba la irrealidad de toda la operación. Si Kunicki le hubiera propuesto trescientos o quinientos zlotys, el negocio habría perdido su abstracta inaccesibilidad y aparecería como una buena oportunidad para sacarle los cuartos al viejo. A Dyzma se le pasó incluso por la cabeza la idea de asustar a Kunicki con la amenaza de denunciarlo a la policía. Hasta puede que para deshacerse de él le diera unos cincuenta zlotys. En cierta ocasión, el escribano del juzgado de paz de Łysków, Jurczak, se ganó de esa manera cien. Pero claro, él estaba en su oficina, y era funcionario público...

El silencio de Dyzma tenía a Kunicki desconcertado. No sabía qué pensar. ¿Había sido excesivamente rudo...? ¿No lo habría ofendido...? Eso sería una catástrofe. Había empleado ya todas sus relaciones e influencias, había puesto ahí un montón de dinero, había perdido una cantidad de tiempo inmensa, y si esta oportunidad se le fuera de las manos... Se propuso enmendar su error y suavizar la brusquedad de su propuesta.

—Por supuesto, honorable caballero, ya no hay hechiceros en este mundo. Je, je, je... Y no se puede exigir ni del más cordial y benévolo de los amigos que se ocupe de asuntos que conoce solo de oídas. ¿Verdad?

—Ciertamente.

—¿Sabe qué? ¡Tengo una idea! Señor Dyzma, estimado amigo, hágame usted la merced y véngase conmigo a Koborowo unas semanas. Allí podrá reposar, disfrutar del campo, un aire espléndido, podrá montar a caballo, tengo una lancha en el lago... Y le podrá echar usted un ojo a mi finca, a los aserraderos... ¿Y qué, estimadísimo? ¿Trato hecho?

Esta nueva propuesta sorprendió tanto a Dyzma que se quedó boquiabierto. Pero Kunicki no dejaba de insistir, alabando las virtudes del descanso, del campo, del pinar, y le aseguraba que las damas de su casa le agradecerán que les traiga a un invitado de Varsovia, no poca atracción por esos lares.

—Pero, señor mío —le interrumpió Dyzma—, lo último que puedo hacer ahora es pensar en descansar. Demasiado descanso ya, por desgracia.

—Nada, nada, todo descanso es poco.

—Estoy en el paro —dijo Dyzma con una pálida sonrisa en los labios.

Esperaba que el rostro del viejecito expresara decepción y sorpresa, pero, por contra, soltó una carcajada:

— Jejeje, menudo chistoso está hecho. ¡En el paro! Por supuesto, las cosas están crudas ahora en el comercio y en la industria. No es fácil hacerse con un puesto lucrativo, pero por otro lado el servicio público, señor mío, es mucho de honor y poco de remuneración. Los sueldos de los funcionarios, incluso los de los dignitarios, son poco envidiables.

—Sé algo de eso —asintió Dyzma—, yo mismo pasé tres años a sueldo del estado.

De repente se hizo la luz en la cabeza de Kunicki. “¡Qué astuto, hermano! —pensó—. Bueno, pues mejor todavía, ya que no quieres nada gratis”.

—Honorabilísimo señor —empezó—, desde el mismísimo momento en que le conocí, algo me dice que Dios me lo envía a usted. Y que así sea. Señor, Dyzma, don Nikodem de mi alma, justamente las circunstancias de usted y mías no podrían cuadrar mejor. Usted busca un buen puesto y yo ya he llegado a una edad en la que a uno no le quedan tantas fuerzas. Amigo mío estimadísimo, no se enoje por mi audacia, pero ¿qué diría usted si le propusiera hacerse cargo de, digamos, la gerencia de mis propiedades

y de mis plantas industriales? No vaya a pensar usted que es poca cosa. Tengo muchos bienes, un buen tinglado.

—No sé si sería capaz. No tengo ni idea de eso —dijo Dyzma con toda sinceridad.

—¡Ah, señor mío! —se opuso Kunicki—. Se pondrá usted al día rápidamente. Además, en casa más o menos me las arreglo, pero sabe usted, esos viajes, las charlas con las oficinas estatales, eso de que tener que pedir que me atiendan dadivosamente un Olszewski cualquiera, eso de despachar asuntos en los ministerios —para eso ya estoy viejo. Para eso hace falta alguien enérgico, con buenas conexiones, que sepa poner firme a gente como Olszewski y demás tropa; y joven, claro. Usted, estimado amigo, no llega a la cuarentena, ¿verdad?

—Tengo treinta y seis.

—¡Ah! ¡Eso sí que es buena edad! Venga, patrón, no se resista. Tendrá una vivienda confortable. Con nosotros en el palacete o en un pabellón aparte, como quiera. Caballos a disposición, coche a disposición. Buena cocina, la ciudad cerca, y si quiere usted visitar a sus amigos de Varsovia, por supuestísimo. En una palabra, ninguna restricción. Y sobre las condiciones: las que me diga usted amablemente.

—Hmm —masculló Dyzma—, la verdad es que no sé.

— Pues entonces digamos: unas regalías del treinta por ciento del aumento de las ganancias que consiga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Dyzma, sin saber muy bien en qué estaba de acuerdo.

—Y el sueldo, digamos... dos mil al mes.

—¿Cuánto? —dijo Dyzma extrañado.

—Vale, dos mil quinientos. Bueno, más los gastos de los viajes. ¿De acuerdo? Pues ¡deme usted la mano!

Dyzma estrechó medio inconsciente la pequeña mano del viejecito. Este, sonrosado y sonriente, sin dejar de cecear por un segundo, sacó una pluma de enormes dimensiones, relleno un folio con una docena de renglones de letras pequeñas y redondeadas y se lo pasó a Dyzma para que lo firmara. Mientras el “querido señor Nikodem” dibujaba junto a su apellido una compleja y precisa floritura, Kunicki extrajo de su regordeta billetera una buena cantidad de crepitantes billetes.

—Aquí tiene cinco mil como adelanto, servidor, y ahora...

Y comenzó a disertar sobre el traslado de Dyzma y otras cuestiones relacionadas.

“Bueno, viejo Kunicki, ¡que alguien te diga que no sabes cuidar de tus negocios!”

Ciertamente, Leon Kunicki era célebre por su incomparable astucia y rara vez salía perdiendo en alguna de sus transacciones —siempre cuidadosamente elegidas y vertiginosamente realizadas.

Unos minutos más tarde dejaron de oírse los pasos de Dyzma, mientras se alejaba por el pasillo, y el viejo permanecía en pie en medio de la habitación frotándose las manos.

Comenzaba a amanecer. En el firmamento aguamarina apenas se distinguían las cada vez más diminutas estrellas. Las farolas enfiladas brillaban con una luz blanca enfermiza.

Nikodem Dyzma deambulaba por las calles vacías y el eco de sus pasos resonaba con un chasquido penetrante.

Los acontecimientos de la noche se aglomeraban en su conciencia en un cúmulo de impresiones.... Sabía que estos hechos eran de enorme importancia, pero era incapaz de abarcar su sentido. Se percataba de que la fortuna había recaído inesperadamente sobre él, pero en qué consistía esa fortuna, qué significaba, de dónde había salido y por qué, no lo entendía.

Cuantas más vueltas le daba, todo le parecía menos real, más extraordinario y ridículo.

Entonces se detuvo espantado, metió cautelosamente la mano en el bolsillo y, cuando sus dedos toquetearon el grueso fajo de billetes, se sonrió. Se dio cuenta de repente de una cosa: era rico, muy rico. Se metió en un portal y se puso a contar. ¡Madre de Dios! ¡Cinco mil złotych!

—¡Menuda pasta! —dijo en voz alta.

El instinto de tantos años de miseria se alzó en su interior con un reflejo absolutamente innato: esto hay que celebrarlo bebiendo. Y aunque no tenía ganas de comer ni de beber, dobló en la calle Grzybowska, sabedor de que la tasca de Isaac ya

estaba abierta. Sacó prudentemente un billete de cien zlotys y lo metió en otro bolsillo. Llevar tanto dinero a la vista en ese local no era precisamente seguro.

A pesar lo temprano de la hora, el bar de Isaac estaba repleto. Carreteros, taxistas, camareros de otros restaurantes ya cerrados, proxenetas bebiéndose los ingresos nocturnos de sus “novias”, escoria suburbana que volvía de su exitosa cacería nocturna —todo esto llenaba las dos pequeñas piezas con un murmullo de conversaciones a media voz y del sonido del vidrio.

Nikodem bebió dos vasitos de vodka, los acompañó con un frío filete de cerdo y con un pepinillo en vinagre. Le vino a la cabeza que era domingo y que Walenty no iría a trabajar.

“Que sepan los paletos quién es aquí de la clase ilustrada” —pensó.

Ordenó una botella de vodka y un kilo de salchichas, contó escrupulosamente el cambio y salió. Estaba ya cerca de la calle Łucka cuando vio de repente a Marianka. Estaba de pie apoyada en un muro, mirando al frente. No sabía por qué, pero se alegró del encuentro.

—¡Buenas noches, señorita Marianka! —dijo alegremente.

—Buenas noches —respondió, mirándolo con extrañeza—. ¿Qué hace usted vagando a estas horas?

—¿Y por qué no va usted ya a dormir, señorita?

—Creo que ya me voy —dijo con resignación.

Dyzma la miró atentamente. Le pareció más bonita que de costumbre. Era flaca, cierto, pero esbelta.

“¿Qué edad podrá tener? —pensó—. Como mucho diecisiete años”.

—¿Por qué está la señorita tan triste? —preguntó.

Se encogió de hombros

—Si llevara tres noches seguidas parado en la calle, como un perro, y sin ver un céntimo, tampoco estaría usted dando saltos de alegría.

A Dyzma le dio pena. Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes de diez zlotys.

—Yo le presto. ¿Le vale con veinte?

La chica se fijó extrañada en el dinero. Sabía perfectamente que a mediodía el inquilino no tenía ni un duro encima. ¿De dónde habrá sacado ahora tantos billetes? A no ser que los haya robado. Quizá por eso se habría puesto el frac. “De todos modos — pensó—, ¿a mí qué me importa?”

Nikodem le extendió dos billetes.

—Aquí tiene.

Marianka los rechazó con la cabeza.

—No quiero. No lo tomo. No voy a tener con qué devolverlo.

—Pues no hace falta devolverlo.

—No quiero —frunció el ceño—. Anda que también, menudo banquero.

Volvió la cabeza y añadió en voz baja:

—A no ser que... Gratis no quiero. A no ser que se venga usted conmigo.

—Eeh —murmulló Dyzma y se sonrojó.

Marianka le miró a los ojos

—¿No le gusto?

—No es eso, ¿por qué...?

—¡Vaya hombre está usted hecho! —estalló inesperadamente, llena de ira—. ¡Buuuu... cagueta!

Se dio la vuelta y se dirigió a casa.

—¡Señorita Marianka! —la llamó—. Espere, voy con usted.

Ella se detuvo y cuando Dyzma la alcanzó, le dijo:

—El hotel son cinco złotych.

—Bien —respondió él.

Anduvieron en silencio por las estrechas calles.

Un golfo medio dormido con chaleco de felpa les abrió la puerta, los acompañó a una pequeña y sucia habitación y sacó la mano. Dyzma le pagó.

Un haz de sol brillante atravesaba las cortinas, grises y enmohecidas. En la habitación había un ambiente agobiante, hacía bochorno y olía a cerrado.

—¿Abro la ventana? —preguntó Marianka.

—Ya es tarde. Es hora de ir a casa. Deben ser como las diez —dijo Dyzma.

Delante del pequeño espejo, Marianka cepillaba su cabello espeso y moreno con un peine mellado.

—¿Ha encontrado un puesto? —soltó con indiferencia.

De repente le entraron a Dyzma unas ganas desenfrenadas de impresionarla. Sacó todo el dinero del bolsillo y lo extendió sobre la mesa.

—Mira —dijo sonriendo.

Marianka volvió la cabeza y los ojos se le ensancharon. Se quedó un largo rato mirando los billetes desperdigados.

—Cuánto dinero... Cuánto dinero... Y en billetes de quinientos. ¡Qué carajo!

A Nikodem el efecto le pareció delicioso.

La chica lo tomó de la mano.

—Oye, ¿ha sido un trabajo sangriento? —preguntó admirada.

Dyzma se rio y, en plan de chiste, respondió:

—¡Ajá!

Marianka tocó cautelosamente el dinero con la punta de los dedos.

—Dime... dime —susurró—, ¿has tenido que matar a alguien?

Asintió con la cabeza.

Permaneció callada y en sus ojos se veía una mezcla de miedo y admiración. Nunca habría sospechado que este silencioso inquilino, este zopenco...

—¿Con cuchillo? —preguntó.

—Con cuchillo.

—¿Fue difícil?

—Bah —contestó—, no le dio tiempo ni a pestañear.

Marianka meneó la cabeza

—Pero vaya si tenía dinero... ¿A lo mejor era judío?

—Sí.

—No lo sabía ...

—¿Qué es lo que no sabías? —preguntó Dyzma mientras guardaba el dinero.

—No sabía que eras tan...

—¿Tan qué?

—Pues, tan así...

De repente se abrazó a él.

—¿Y no te encontrarán?

—No te preocupes, me las apañaré.

—¿Nadie lo vio...? ¿Y si dejaste alguna huella? Hay que tener mucho cuidado. Los polis, ya sabes, te pueden encontrar hasta por las huellas de los dedos.

—Conmigo no darán.

—Y, dime, ¿tuviste miedo?

Se rio.

—No hay más de qué hablar. Venga, vamos a casa. Y esto para ti, para un vestido.

Puso delante de Marianka cien zlotys. La chica le echó los brazos al cuello y empezó a besarle los labios una y otra vez.

Fueron a casa sin hablar por el camino. Nikodem advirtió que la actitud de la pequeña hacia él había cambiado casi al momento. Se dio cuenta rápidamente de que el respeto, casi admiración, no provenía del dinero, sino de la historia que se había

inventado. Y aunque el cambio le halagaba, se sentía avergonzado por no merecerlo en realidad. Por eso no podía confesarle ahora por nada del mundo que todo era un cuento chino.

—Mira, Marianka —dijo cuando estaban entrando en la escalera—, en casa no digas ni pío. ¿Entiendes?

—Sí, claro.

—Yo ahora voy a tener que estar fuera un tiempo para, ya sabes... Eso, es lo más seguro.

—Entiendo. ¿Pero volverás?

—Volveré.

La entrada del inquilino con Marianka no sorprendió a los Barcik. Pero el vodka y las salchichas recibieron una honrosa acogida. Walentowa cubrió la mesa con un mantel verde y se sentaron todos al desayuno. El vaso, antaño bote de mostaza, pasaba de mano en mano y, como su capacidad era bastante grande, Dyzma tardó poco en sacar otros cinco zlotys para que Marianka saliera a comprar otra botella.

Entre tanto, Nikodem arregló las cuentas del alquiler y cuando la chica volvió, dijo:

—Pueden darme la enhorabuena. He encontrado un buen trabajo.

—¿Dónde? —preguntó Walenty.

—Fuera de Varsovia. En provincias.

—Lo decía yo —asintió Walentowa—. En el campo siempre es más fácil ganarse el pan. Tienen de todo. Ya se sabe: son campesinos.

Bebieron a su salud y, cuando la botella se quedó ya vacía, Nikodem desplegó su catre, se desvistió, metió el chaleco con el dinero bajo la almohada y se quedó dormido casi de inmediato.

Walenty permaneció sentado un rato en silencio, y como había bebido un poco, en un momento dado le dio por ponerse a cantar, pero se encontró con la dura oposición de Marianka.

—Silencio, joder, no ves que el hombre está durmiendo. Ni descansar dejan.

Se hizo un silencio. Walenty se puso el gorro y salió. Su mujer se fue a casa de la vecina a jactarse de que el inquilino había convidado a vodka para celebrar su nuevo trabajo.

Marianka sacó del armario un paño de batista y cubrió con él la cabeza de Dyzma —había muchas moscas en la habitación.